

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El perro de cristal

Un mago consumado vivía en el último piso de una casa de vecindad y pasaba su tiempo estudiando y reflexionando. Lo que no sabía sobre hechicería apenas valía la pena saberlo, pues poseía todos los libros y recetas de todos los magos que habían vivido antes que él; y, además, él mismo había inventado varios hechizos. Esta admirable persona habría sido completamente feliz de no ser por las numerosas interrupciones de sus estudios causadas por la gente que venía a consultarle sobre sus problemas (en los que él no estaba interesado), y por los ruidosos golpes del heladero, el lechero, el niño panadero, el lavandero y la mujer de los maníes. Nunca trató con ninguna de estas personas, pero llamaban a su puerta todos los días para hablarle de esto o de aquello o para intentar venderle sus productos. Justo cuando estaba más interesado en sus libros o en observar el burbujeo de un caldero, llamaban a su puerta. Y después de despachar al intruso, siempre se encontraba con que había perdido el hilo de sus pensamientos o había perdido la compostura.

Al final, estas interrupciones despertaron su ira y decidió que debía tener un perro para mantener a la gente alejada de su puerta. No sabía dónde encontrar un perro, pero en la habitación de al lado vivía un pobre soplador de cristal con el que tenía una pequeña

amistad; así que se acercó al apartamento de aquel hombre y le preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar un perro?

—¿Qué clase de perro? —preguntó el soplador de cristal.

—Un buen perro. Uno que le ladre a la gente y la ahuyente. Uno que no dé problemas y no espere que le den de comer. Uno que no tenga pulgas y sea limpio en sus hábitos. Que me obedezca cuando le hablo. En resumen, un buen perro —dijo el mago.

—Es difícil encontrar un perro así —respondió el soplador de cristal, que estaba ocupado haciendo una maceta de cristal azul con un rosal de cristal rosa, hojas de cristal verde y rosas de cristal amarillo.

El mago lo observó pensativo.

—¿Por qué no puedes soplarme un perro de cristal? —preguntó.

—Puedo —declaró el soplador—, pero no ladraría a la gente.

—Oh, eso lo arreglaré fácilmente —respondió el otro—. Si no pudiera hacer ladrar a un perro de cristal, sería un pobre mago.

—Muy bien; si puedes utilizar un perro de cristal, estaré encantado de soplarte uno. Sólo que debes pagar por mi trabajo.



—Desde luego —aceptó el mago—. Pero no tengo nada de eso horrible que ustedes llaman dinero. Debes aceptar algo de mi mercancía a cambio.

El soplador de cristal lo consideró un momento.

—¿Podrías darme algo para curar mi reumatismo? —preguntó.

—Oh, sí. Fácil.

—Entonces es un trato. Comenzaré con el perro de inmediato. ¿Qué color de cristal debería usar?

—El rosa es un color bonito —dijo el mago—, y no es habitual en los perros, ¿cierto?

—No —respondió el soplador—, pero será rosa.

Entonces el mago volvió a sus estudios y el soplador comenzó a hacer el perro.

A la mañana siguiente entró en la habitación del mago con el perro de cristal bajo el brazo y lo colocó cuidadosamente sobre la mesa. Era de un hermoso color rosa, con un fino pelaje de cristal hilado, y alrededor del cuello tenía enroscada una cinta de cristal azul. Sus ojos eran motas de cristal negro y brillaban inteligentemente, como muchos de los ojos de cristal que llevan los hombres.

El mago se mostró complacido por la habilidad del soplador de cristal y le entregó enseguida un pequeño frasco.

—Esto curará tu reumatismo —dijo.

—¡Pero el frasco está vacío! —protestó el soplador.

—Oh, no; hay una gota de líquido dentro —fue la respuesta del mago.

—¿Una gota curará mi reumatismo? —preguntó asombrado el soplador.

—Desde luego. Es un remedio maravilloso. La única gota que contiene la ampolla curará instantáneamente cualquier tipo de enfermedad jamás conocida por la humanidad. Por eso es especialmente buena para el reumatismo. Pero guárdelo bien, pues es la única gota de su clase en el mundo, y he olvidado la receta.

—Gracias —dijo el soplador, y volvió a su habitación. Entonces el mago lanzó un hechizo y murmuró varias palabras muy sabias en el idioma de los magos sobre el perro de cristal. El animalito movió primero la cola de un lado a otro, luego guiñó el ojo izquierdo con complicidad y, por último, comenzó a ladrar de la manera más espantosa; es decir, cuando uno se detiene a pensar que el ruido provenía de un perro de cristal rosa. Hay algo casi asombroso en las artes mágicas de los magos; a menos, claro está, que uno mismo sepa cómo hacer las cosas, cuando no se espera que se sorprenda de ellas. El mago estaba tan encantado como un maestro de escuela por el éxito de su hechizo, aunque no estaba asombrado. Inmediatamente colocó al perro fuera de su puerta, donde ladraría a cualquiera que se atreviera a llamar y así perturbar los estudios de su amo.

El soplador de cristal, al regresar a su habitación, decidió no utilizar la única gota de remedio mágico.

—Mi reumatismo está mejor hoy —reflexionó—, y sería muy sabio de mi parte guardar la medicina para cuando esté muy enfermo, cuando me será más útil.

Así que guardó el frasco en el armario y se puso a soplar más rosas de cristal. De pronto pensó que la medicina no se conservaría, así que fue a preguntarle al mago. Pero cuando llegó a la puerta, el perro de cristal ladró tan ferozmente que no se atrevió a llamar y regresó a toda prisa a su habitación. El pobre hombre estaba muy disgustado por el recibimiento tan poco amistoso del perro que él mismo había fabricado con tanto esmero y habilidad.

A la mañana siguiente, mientras leía el periódico, vio un artículo que decía que la bella señorita Mydas, la joven más rica de la ciudad, estaba muy enferma y que los médicos habían perdido la esperanza de que se recupere.

El soplador de vidrio, aunque miserablemente pobre, trabajador y de aspecto hogareño, era un hombre de ideas. De pronto se acordó de su preciosa medicina y decidió utilizarla para algo mejor que aliviar sus propios males. Se vistió con sus mejores ropas, se cepilló el pelo y se peinó los bigotes, se lavó las manos y se ató la corbata, se ennegreció los zapatos y se limpió el chaleco con una esponja; entonces se guardó en el bolsillo el frasco del remedio mágico. A continuación, cerró la puerta con llave, bajó las escaleras y caminó por las calles hasta la gran mansión donde residía la rica señorita Mydas.

El mayordomo abrió la puerta y dijo:

—Ni jabón, ni cromos, ni vegetales, ni aceite para pelo, ni libros, ni polvos para hornear. Mi señorita se está muriendo y estamos bien abastecidos para el funeral.

El soplador se afligió al ser tomado por un vendedor ambulante.

—Amigo mío —comenzó orgulloso; pero el mayordomo lo interrumpió diciendo:

—Tampoco lápidas; hay un cementerio familiar y el monumento está construido.

—El cementerio no será necesario si me permite hablar

—dijo el soplador de cristal.

—Ni doctores, señor; han renunciado a mi señorita, y ella ha renunciado a los médicos —siguió el mayordomo con calma.

—No soy doctor —respondió el soplador.

—Tampoco lo eran los otros. Pero, ¿cuál es su misión?

—He venido para curar a su señorita mediante un compuesto mágico.

—Pase, por favor, y tome asiento en el salón. Hablaré con el ama de llaves —dijo el mayordomo, más amablemente.

Así que habló con el ama de llaves y ésta se lo comentó al administrador, y el administrador consultó al cocinero, y el cocinero besó a la criada y la envió a ver al forastero. Así se rodean de ceremonias los muy ricos, incluso al morir.

Cuando la criada supo por el soplador de vidrio que tenía una medicina que curaría a su señora, dijo:

—Me alegro de que haya venido.

—Pero —dijo él—, si devuelvo la salud a tu señorita, deberá casarse conmigo.

—Haré averiguaciones para ver si está dispuesta —  
respondió la criada, y fue inmediatamente a consultar a  
la señorita Mydas.

La joven no dudó un instante.

—¡Me casaría con cualquier cosa vieja antes de morir! —  
gritó—. ¡Tráiganlo aquí de inmediato!

Así que vino el soplador, vertió la gota mágica en un  
poco de agua, se la dio a la paciente, y al minuto  
siguiente la señorita Mydas estaba tan bien como nunca  
lo había estado en su vida.

—¡Caramba! —exclamó—; tengo un compromiso en la  
recepción de los Fritters esta noche. Trae mi seda color  
perla, Marie, y empezaré mi aseo enseguida. Y no  
olvides cancelar el pedido de las flores fúnebres y tu  
vestido de luto.

—Pero, señorita Mydas —replicó el soplador de cristal,  
que estaba allí—, usted prometió casarse conmigo si la  
curaba.

—Lo sé —dijo la joven—, pero tenemos que tener tiempo  
para anunciarlo debidamente en los periódicos de  
sociedad y hacer grabar las tarjetas de boda. Llámame  
mañana y lo hablaremos.

El soplador de vidrio no le había causado buena  
impresión como marido, y se alegró de encontrar una  
excusa para librarse de él por un tiempo. Y no quería  
perderse la recepción de los Fritters.

Sin embargo, el hombre se fue a casa lleno de alegría,  
pues pensaba que su estrategia había tenido éxito y que  
estaba a punto de casarse con una esposa rica que lo  
mantendría en el lujo para siempre.

Lo primero que hizo al llegar a su habitación fue destrozarse sus herramientas de soplado de vidrio y arrojarlas por la ventana.

Luego se sentó a pensar en cómo gastar el dinero de su mujer.

Al día siguiente visitó a la señorita Mydas, que leía una novela y comía cremas de chocolate tan felizmente como si no hubiera estado enferma en su vida.

—¿De dónde sacaste el compuesto mágico que me curó?  
—preguntó.

—De un mago erudito —dijo; y luego, pensando que le interesaría, le contó cómo había hecho el perro de cristal para el mago, y cómo ladraba y evitaba que todo el mundo lo molestara.

—Qué encantador, —dijo—, siempre he querido tener un perro de cristal que pudiera ladrar.

—Pero hay uno solo en el mundo —respondió—, y le pertenece al mago.

—Debes comprármelo —dijo la dama.

—Al mago no le importa el dinero —respondió el soplador de cristal.

—Entonces debes robarlo para mí —replicó ella—. No podré vivir feliz ni un día más si no tengo un perro de cristal que sepa ladrar.

El soplador se afligió mucho, pero dijo que vería lo que podía hacer. Porque un hombre siempre debe tratar de complacer a su mujer, y la señorita Mydas le había prometido casarse con él en el plazo de una semana.

De camino a casa compró un pesado saco, y cuando pasó por delante de la puerta del mago y el perro de cristal

rosa salió corriendo a ladrarle, arrojó el saco sobre el perro, ató la abertura con un trozo de cordel y se lo llevó a su propia habitación.

Al día siguiente envió el saco a la señorita Mydas por medio de un niño mensajero, con sus saludos, y por la tarde la visitó en persona, convencido de que sería recibido con gratitud por haber robado para ella el perro que tanto deseaba.

Pero cuando llegó a la puerta y el mayordomo la abrió, ¡cuál fue su sorpresa al ver que el perro de cristal salía corriendo y empezaba a ladrarle furiosamente!

—Llame a su perro —gritó con terror.

—No puedo, señor —respondió el mayordomo—. Mi señorita ha ordenado al perro de cristal que ladre siempre que usted llame aquí. Más vale que tenga cuidado, señor —añadió—, porque si lo muerde, ¡puede tener cristalofobia!

Esto asustó tanto al pobre soplador de cristal que se marchó apresuradamente. Pero se detuvo en una farmacia y puso su última moneda en la cabina telefónica para poder hablar con la señorita Mydas sin ser mordido por el perro.

—¡Póngame con Pelf 6742! —llamó.

—Hola, ¿qué pasa? —dijo una voz.

—Quiero hablar con la señorita Mydas —dijo el soplador de cristal.

Al instante, una dulce voz dijo:

—Soy la señorita Mydas, ¿qué desea?

—¿Por qué me ha tratado tan cruelmente y me ha echado encima al perro de cristal? —preguntó el pobre.

—Pues, a decir verdad —dijo la señorita—, no me gusta tu aspecto. Tus mejillas son pálidas y holgadas, tu pelo áspero y largo, tus ojos pequeños y rojos, tus manos grandes y ásperas, y tienes las piernas arqueadas.

—¡Pero no puedo evitar mi aspecto! —suplicó el soplador de cristal—. Y realmente prometiste casarte conmigo.

—Si fueras más guapo, mantendría mi promesa —respondió—. Pero, dadas las circunstancias, no eres un buen compañero para mí y, a menos que te mantengas alejado de mi mansión, te echaré encima a mi perro de cristal —entonces soltó el teléfono y no quiso decir nada más.

El miserable soplador de cristal se fue a casa con el corazón desbordado por la decepción y empezó a atar a la pata de la cama una cuerda con la que ahorcarse.

Alguien llamó a la puerta y, al abrirla, vio al mago.

—He perdido a mi perro —anunció.

—Ah, ¿sí? —respondió el soplador de cristal haciendo un nudo en la cuerda.

—Si; alguien lo ha robado.

—Qué lástima —respondió el soplador haciendo un nudo en la cuerda.

—Debes hacerme otro —dijo el mago.

—Pero no puedo; he tirado mis herramientas.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó el mago.

—No lo sé, a menos que ofrezcas una recompensa por el perro.

—Pero no tengo dinero —dijo el mago.

—Ofrece entonces algo de tus compuestos —sugirió el soplador de cristal, que estaba haciendo un nudo en la cuerda para pasar la cabeza.

—Lo único que me sobra —respondió el mago, pensativo—, es un Polvo de Belleza.

—¿Qué? —gritó el soplador de cristal, dejando caer la cuerda—. ¿Realmente tienes eso?

—Si, en efecto. Quien se tome el polvo, se convertirá en la persona más hermosa del mundo.

—Si me ofreces eso como recompensa —dijo el soplador de cristal, ansioso—, trataré de encontrar el perro para ti, pues por encima de todo anhelo ser hermoso.

—Pero te advierto que la belleza sólo será superficial —dijo el mago.

—Está bien—respondió el feliz soplador de cristal—, cuando pierda la piel no me importará ser bello.

—Entonces dime dónde encontrar a mi perro y tendrás el polvo —prometió el mago.

Entonces el soplador de vidrio salió y fingió buscar, y al rato regresó y dijo:

—He descubierto al perro. Lo encontrarás en la mansión de la señorita Mydas.

El mago fue inmediatamente a ver si era cierto y, efectivamente, el perro de cristal salió corriendo y empezó a ladrarle. Entonces el mago extendió las manos y recitó un conjuro mágico que hizo que el perro se durmiera profundamente, lo levantó y se lo llevó a su propia habitación en el último piso de la casa de vecindad.

Después le llevó el Polvo de Belleza al soplador de cristal como recompensa, quien se lo tragó inmediatamente y se convirtió en el hombre más bello del mundo.

La siguiente vez que visitó a la señorita Mydas no hubo perro que le ladrara, y cuando la joven lo vio se enamoró enseguida de su belleza.

—Si tan solo fueras un conde o un príncipe —suspiró—, me casaría contigo de buena gana.

—Pero soy un príncipe —respondió—; el Príncipe de Dogblowers.

—¡Ah! Entonces, si estás dispuesto a aceptar una asignación de cuatro dólares a la semana, mandaré grabar las tarjetas de la boda.

El hombre vaciló, pero cuando pensó en la cuerda que colgaba del poste de su cama, aceptó las condiciones.

Así que se casaron, y la novia estaba muy celosa de la belleza de su marido y le procuró una vida de perros.

Así que él se las arregló para endeudarse hacerla desgraciada a su vez.